

Escuela de Folklore, la cantera de nuestra memoria

Cuarenta niños aprenden los bailes tradicionales manchegos. Todo un ejemplo de lucha por preservar la danza más autóctona.



▲ Foto de familia de nuestra Escuela de Folklore.

AURELIO MAROTO ▼

Por fortuna, está de moda cuidar el patrimonio, preservar las tradiciones, impulsar el costumbrismo... Otra cosa es que se consiga, según qué sitio. Al menos, ya no se derriban torres de iglesias, ni palacetes de ilustres familias, ni casas solariegas de rancio abolengo. En La Solana ha ocurrido, y no hace tanto. Por desgracia, claro. La autoridad del momento, tan laxa muchas veces, debe ser guardián de esas joyas materiales.

Entre esas tradiciones, entre ese costumbrismo, se encuentra nuestro folklore. El más autóctono. Un bien inmaterial que tenemos el deber de cuidar. Aquí, la autoridad tiene cosas que decir, pero es la propia sociedad quien al final decide si desea mantenerlo y exhibirlo como homenaje constante a nuestro pasado, y también como rasgo de orgullo en nuestro presente. Ahí es donde juega un papel importante la Agrupación Folklórica "Rosa del Azafrán", crisol que amasa un caudal impagable de cultura popular en forma de música y danza manchega. La más nuestra. Su escuela de folklore constituye el venero necesario de donde debe emanar el futuro.

Si el recordado *Hermano Capirote* levantara la cabeza, podría volver a morir tranquilo viendo a 40 niños y niñas ensayando todos los sábados las piezas que él mismo enseñó durante décadas. Necesitamos más *hermanos capirotés*

capaces de mantener viva la llama. Y existen. Juanfran García-Abadillo representa esa llama. Entró con 8 años al grupo y tiene 30. Aprendió con clásicos como Gregorio Uriel y de mujeres como Tere Sánchez, María del Mar Simón o Gabi Delgado. Recuerda bien aquellos ensayos en el garaje de Gregorio y en el antiguo Centro de Salud, donde comenzó la primera escuela a mediados de los 90. La cosa no cuajó y acabó desapareciendo.

Eso sí, dio tiempo para que aprendiera María José del Olmo, que entró con 3 años y el joven Juanfran acabó siendo su maestro. De aquella escuela, sólo quedó ella. Andado el tiempo, Juanfran, María José y Toñi del Olmo forman un triunvirato que tira del carro.

Cuando hay actuaciones, siempre llega alguien nuevo

Cada sábado, los chiquillos llegan al ensayo semanal en los sótanos de la Casa del Niño, en la calle Zaragoza. Llevan diez años trabajando allí, donde la Agrupación "Rosa del Azafrán" tiene su sede. Entre medias de un casete que reproduce los bailes y una imponente vitrina de trofeos y presentes que resume la brillante historia del grupo, María José comienza el trabajo. Hay mayoría absoluta de niñas, 32 en total, por 7 niños. Tienen entre 5 y 15 años. Ensayan una hora semanal, excepto cuando se acerca alguna actuación, que aumentan el ritmo.

A pesar del evidente desfase entre niños y niñas, la escuela parece estar en forma. "Tener a cuarenta no está mal" -nos dice Juanfran-. Además, siempre que hay actuaciones viene alguien nuevo. "Lo ven en los medios de comunicación y se apuntan". Es una mezcla de iniciativa propia y empeño de los padres, que juegan un papel decisivo. "Sin el apoyo de las familias sería imposible; gracias a ellos estamos aquí". Juanfran y María José están contentos y agradecidos con el compromiso de los chavales, pero sobre todo con el aliento constante de sus familias, moral y material. "Los trajes los confeccionan las madres, incluso los costean".



▲ María José enseña el paso a los jóvenes bailarines.